



libremente en la novela homónima escrita por el periodista deportivo Roberto Perrone, que recientemente fallecido, Zamora es una comedia agradable que comienza un poco como la sátira italiana de culto Fantozzi, luego evoluciona hacia una película de amigos, antes de convertirse finalmente en una historia edificante sobre cómo aprender a ser respetado y valiente, todo en la Italia de los años 60 impecablemente reconstruida.

“El” Vismara (interpretado por el fiable Alberto Paradossi) es un tipo grande de 30 años que, procedente de la pequeña ciudad provincial de Vigevano, se ve catapultado a la efervescente Milán durante el boom económico, donde es contratado como contable en una agencia moderna. especializado en juntas. La agencia está dirigida por el caballero Tosetto (Giovanni Storti, del trío cómico formado por Aldo, Giovanni y Giacomo), fanático del Inter, cuyo lema es “Trabajar y jugar”. Más que un lema, es una orden, ya que todos sus empleados están literalmente obligados a jugar al fútbol los jueves por la tarde, los solteros contra los casados, para entrenarse para el importante partido anual del 1 de mayo.

Vismara ni siquiera sabe de qué está hecho un balón de fútbol y cuando le preguntan en qué posición juega responde con lo primero que le viene a la cabeza: portero. Las burlas, dentro y fuera del campo, son implacables. Torpe, poco sociable y un poco nerd (en la oficina siempre es el primero en llegar y el último en salir), Vismara pronto se convierte en el blanco de sus compañeros de trabajo, en particular de Gusperti (Walter Leonardi), el típico Un colega jactancioso y mujeriego, que además de llamarlo sarcásticamente Zamora, también se interpone entre él y la dulce secretaria Ada (Marta Gastini), a quien el joven tímidamente estaba tomando mucho cariño. Walter se lo toma con calma, se traga el trago amargo, pero también planea su venganza: quiere convertirse en un gran portero. Para ello, pide entrenar con Giorgio Cavazzoni (Neri Marcorè), un ex campeón ahora caído en desgracia, plagado de problemas con el alcohol, problemas familiares y muchas deudas. Un encuentro que no dejará de marcar a ambos hombres.

Se podría describir a este protagonista como un Fantozzi que lo logró, un hombre envuelto en grotescas dinámicas de oficina y acostumbrado a sufrir en silencio que, sin embargo, encuentra la manera de levantarse y ganarse el respeto de los demás. Es imposible no recordar al famoso contable interpretado en los años 70 por Paolo Villaggio (los juegos de solteros contra casados en la niebla, el triángulo amoroso, la fiesta de Navidad de la oficina...). Pero la película de Marcorè es, sobre todo, una educada comedia sobre la mayoría de edad sobre la redención cuyo resultado es todo menos predecible, presenta personajes femeninos modernos (como la hermana emancipada de Walter, interpretada por Anna Ferraioli Ravel) y sumerge al espectador en una era próspera. iluminado por los tonos cálidos del director de fotografía Duccio Cimatti, ganador en el Bif&st de una Mención Especial a la fotografía, donde todo parecía posible y del que es difícil no sentir nostalgia.

(Vittoria Scarpa en cineuropa.org - Francia)

Zamora parece un extraño spin-off de cierto cine de Olmi, el de la provincia obrera fascinada por el Boom, como en Il posto . Estaba Domenico, un joven tímido que viaja a Milán en los años 60 para participar en un concurso laboral. Aquí, sin embargo, está Walter Vismara, un joven muy hábil con los números pero un poco inseguro que se traslada a Milán por trabajo. Aquí entrará en contacto con el entorno del fútbol corporativo, en cuyos partidos se verá obligado a participar a regañadientes en el papel de portero. Partido tras partido, sin embargo, también gracias a su amistad con un campeón caído, encontrará la oportunidad de redención en ese deporte extraño.

Y el Milán de Marcorè es cinéfilo, muy vivo, nostálgico pero cálido, con estos años 60 reconstruidos mirando los clubes llenos de humo de las canciones de Jannacci, las mega compañías de Monsieur Hulot y Fantozzi, Gaber, el Derby Club y decenas de cabaret. locales que sólo unos años después habrían abarrotado la ciudad (y de los que, en la película, se asoma toda esa clase de hierro, de Giovanni Storti a Giacomo Poretti, pasando por Ale y Franz o Antonio Catania).

El resultado es una película pequeña, amable, cariñosa con sus personajes, cuidadosa de dejar a cada uno su espacio, una película que, aunque rara vez, opta por implicarse de verdad, por atreverse. Marcorè mira demasiado poco a su alrededor, piensa en su elenco, en sus personajes, pero deja de lado ciertas ideas que por sí solas podrían haber apoyado a Zamora , como este elemento casi político del fútbol utilizado como arma de poder por la empresa.

Más bien, la película parece casi preocupada por proteger el espacio narrativo de shocks excesivos, incluso emocionales. Así, todo parece volverse ligero, simple, víctima de una previsibilidad cuyo peso se deja sentir a largo plazo, mientras que sólo Marcorè se hace cargo del elemento emocional y traumático de la historia a través de su personaje, rudo, muy humano, al borde del fracaso.

Es una acción curiosa, altruista pero ciertamente astuta, que le lleva a jugar peligrosamente con el equilibrio de una película que, aunque lentamente, corre el riesgo de dejar al protagonista en un segundo plano y convertirse en una historia con su personaje en el centro, evidentemente el más carismático de todos. los actores secundarios, capaces, por sí solos, de dirigir las líneas de la narración. Marcirè, a través de "su" Giorgio, consigue realizar algunos buenos tiros, aunque a veces se desproporciona, tal vez se entrega demasiado a las simplificaciones de la narración y amplifica una dimensión melancólica que a veces parece un filtro a utilizar para evitar ciertos aspectos más complicados de gestionar.

(Extraído de Alessio Baronci en Sentieri Selvage – Italia)